



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XXXIX

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM. 1125

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península.—Un mes, 2 pes.—Tres meses, 5 id.—Extranjero.—Tres meses, 11 25 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia a la Administración...

REDACCION Y ADMINISTRACION MAYOR 24

MÉRCOLES 24 DE MAYO DE 1892

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Correspondiente en París, A. Lorete y en Chinarrín 61; y J. Jones, Fanchoung-Montmartre, 51.

LABORATORIO BACTERIOLOGICO

DEL DOCTOR LEOPOLDO CANDIDO

Tratamiento moderno de las enfermedades crónicas y rebeldes	CONSULTORIO MEDICO	Horas de curación y consulta de 9 a 11 de la mañana y de 3 a 5 de la tarde
---	--------------------	--

Centro general de vacunaciones

MURALLA DEL MAR, 83

Vacunas.—De ternera contra la viruela, antitífica, y contra las enfermedades de los ganados.

Sueros.—Normal, antitífico, antituberculoso, antistreptococcico, polivalente y artificial de Chevron.

Jugos orgánicos.—Aplicación para el método Brown Séquard por la vía hipodérmica y por la vía gástrica.

Todos estos remedios se aplican en el Consultorio y a domicilio, y se exponen por cajas de seis ó más tubos ó ampollas, a los señores farmacéuticos.—Se practican análisis de líquidos orgánicos, espuros, etc.

Para informes y pedidos al DOCTOR CANDIDO MURALLA DEL MAR, 83 CARTAGENA

Teléfono número 30.—Dirección Telegráfica: Dr. Cándido

¿ES BURLA?

Si no estuvieran calificados de inútiles los rebeldes filipinos y si su proceder desde que se levantaron en armas no los acreditara de salvajes, los acreditaría de tales la cuestión de los prisioneros, tan dolorosa, tan humanitaria y tan interesante para todo el mundo menos para Aguinaldo y sus secuaces.

Ya trapé fecha la cuestión. A partir del 13 de Agosto fué puesta sobre el tapete y aunque se han propuesto diferentes soluciones, ninguna de ellas ha encontrado al cabezalla propicio a conceder la libertad.

Peticiones oficiales de la desdichada España; súplicas particulares aconsejadas por deber humanitario; gestiones hechas por los norte-americanos; iniciativas generosas partidas del extranjero y ofertas cuantiosas de numerario, todo eso se ha agitado en torno del engreído cabezalla a quien el

poder desvanece hasta el punto de presentarlo en ridiculo.

Las Camaras de Comercio pidieron la libertad de los prisioneros en nombre de la civilización y fueron desoídas. Se dirigió aquellas gestiones una comisión filipina y no tuvo mejor suerte. Tomó cartas en el asunto el gobierno de Mac-Kinley y se le dió la respuesta del silencio. Interpusieron en influjo los franceses y no tuvieron mejor fortuna.

La respuesta de Aguinaldo ha sido siempre la misma: no se aviene a poner en libertad a los prisioneros, pero para cada negativa emplea razonamientos distintos.

Primero manifestó que trataría con el gobierno de España por esperar que esa gestión bastaría para el reconocimiento del gobierno filipino; y cuando el gobierno español enviaba comisionados para arreglar el asunto, dijo que no trataría con el que mató a Rizal. Sin embargo, vino después a dejar a los españoles mediante unos cuantos millones y cuando

estaba lijo el dinero, se arrepiñó bajo el pretexto de que la retención de los prisioneros mejoraría las condiciones de paz si se decidían a entrar en tratos con los yanquis. Esto sin perjuicio de renunciar luego a los tratos, faltando por vigésima vez a su palabra.

Ahora parece que desea tratar con el Sr. Pi y Margall y, francamente, nos llena de admiración el deseo de Aguinaldo.

¿Qué tiene el jefe de los federales para que desee tratar con él el jefe de la algarada filipina?

¿Es un capricho ó una burla?

Sea lo que sea, no creemos que se niegue a intervenir el anciano expresidente. Se trata de una obra humanitaria y no hay otro remedio que cumplirla, aunque esta gestión que los filipinos desean resulle una burla del malvado cabezalla.

TIJERETAZOS

Dice «El Noticiero Universal» de Barcelona, que nueve soldados españoles que se quedaron en tierra en Port-Said, a la salida del correo en que regresaban a España, se presentaron al cónsul exponiéndole su situación.

Y el cónsul los envió a la cárcel.

Buen premio para los que acaban de pasar tantas fatigas y peligros por la patria.

Y magnífico ejemplo dado a los extranjeros para que nos sigan respetando como hasta aquí.

¡Estaremos dejados de la mano de Dios!

Aguinaldo ha designado una comisión filipina para que visite a Otis y trate de la paz.

Y solo ha podido presentarse a desempeñar el encargo media comisión.

La otra media ha tropezado con el general Luna, filipino él, y a más de filipino traidor y despreciable y se ha empeñado en reducirlo a cuartos.

¡Pero qué bien está la tagalería desde que se gobierna por sí sola!

Como dice, aunque tiempo la juerga no quedan ni rabos.

Los americanos están que revientan de satisfacción.

El mal humor que los tenía a punto de mandar a paseo a Mac-Kinley por haberlos metido en la aventura filipina, se ha tornado en alegría bulliciosa ante el anuncio de que Aguinaldo se humaniza y solicita la paz.

Aguinaldo está celoso del general Otis y para demostrarle que no es monopolizador de la mentira trata de burlarle el record.

El cabezalla filipino habla de la paz como habla de sus victorias el general americano.

Ni el uno desea lo que pide ni el otro ha saboreado triunfo alguno.

Cónque no canten victoria los yanquis, por si hay que volver a poner cara fe-roche.

LA PRIMERA COMUNION

El lunes, día 22 del corriente, llegó a ésta el Excmo. e Ilmo. Prelado diocesano acompañado de su joven sobrino D. Tomás Heredia y del presbítero familiar D. Antonio Gris, para administrar la primera comunión a las niñas del Asilo de la Purísima, alumnos de los Hermanos Maristas y casa de Maternidad, acto solemne que tuvo lugar al siguiente día de la llegada del señor Obispo, en la iglesia parroquial de Santa María.

Numerosos fieles asistieron a la tierna y sublime ceremonia de ayer. A las ocho revestíase el Prelado en el altar mayor de la iglesia y asistido de cuatro sacerdotes empezó el santo sacrificio, mientras en el coro se alzaban dulcísimos cantos en honor del Misterio Eucarístico.

Lentamente, la numerosa muchedumbre invadía los espaciosos senos del templo, se apiñaba ante la verja del altar y, postrándose reverente en las mismas gradas del presbiterio, y cuando llegó la hora dichosa, el momento de la comunión, al descender del altar el venerable Pontífice, trayendo en sus manos el cuerpo sacramentado del Dios vivo,

ante el Soberano Señor se inclinaron todas las cabezas y por él latieron con amor todos los corazones.

Instante de silencio, de adoración, poderosamente bello, digno de la Bellísima Sacrosanta que lo procuraba, fue aquel instante, más para sentido que para descrito, en que abajo, casi tocando el polvo de la tierra, los labios daban paso a la plegaria, a la alabanza, a los sentimientos más inmateriales del corazón, arriba la figura humilde y respetable del Obispo, mostraba al que ayer, hoy y eternamente recibirá las bendiciones de todo el Universo, y más arriba, la suave melodía de la música y el vibrante rumor de las campanas anunciaban dentro y fuera la inefable y divina solemnidad.

Se leía en el rostro de los niños cuando se acercaban al Sacramento, un deseo vivísimo de recibirle y consagrarse a Jesucristo; se retrataba en aquellos semblantes, el alma enamorada de las perfecciones de Dios, el alma generosa del niño, tierna y poderosa a la vez, espontánea, delicada, que no cifra límites en su amor, y que se entrega totalmente al amado empujada de su miama inocencia.

El niño sabe que la primera comunión es el acto, acaso, más trascendental de su vida; así lo oyó de sus padres, así lo aprendió desde que brilló en su inteligencia la primera luz; años antes vio que otros niños se acercaban y les vio acercarse al altar con envidia; es pues, desde el principio, Jesucristo el objeto de sus castos amores, se acostumbra, muchos días antes de que llegue para él esta hora venturosa, a meditar en el Dios Omnipotente y Bueno que vendrá a morar en su alma; la idea capital de Dios se va suavemente dibujando, con sus infinitas proporciones, en la naciente razón del niño, depositando a la vez, en su pecho con el conocimiento de su pequeñez, el precioso tesoro de la humildad; aprende a conocer a Dios y a conocerse a sí y de este provechoso estudio deduce que para recibir al mismo Dios es necesario hacerse antes semejante a Él, es necesario ser virtuoso, pues sus destinos como cristiano, van unidos de una manera tan estrecha con el Dios de la virtud y de la santidad; por eso el alma del niño está hurgada en la única idea de aquel acto que realiza, dependiente con todas sus po-

El sacristán tomó el farol y las llaves, y dijo a Bizarro, dirigiéndose a una puerta situada en el fondo de la cocina:

—Seguidme.

Atravesaron un pasadizo, después la sacristía; por ella pasaron al presbiterio, bajaron sus gradas, y en un costado de la iglesia se detuvo el sacristán junto a una pequeña puerta que abrió.

Inmediatamente empezaban unas pendientes escaleras; ancha lo bastante para que pudiese caber por ellas un cadáver y sus conductores.

Al fin de aquella escalera se encontraron en el panteón, que era pequeño, húmedo, de bóveda deprimida, con tres andenes de nichos en cada uno de sus cuatro lados.

El sacristán extendió su largo brazo y señaló con un dedo rígido un nicho, situado en un ángulo, y correspondiente al andén interior, y dijo:

—Allí está sepultada vuestra mujer.

—Pues bien, dijo Bizarro, que había fijado una mirada caudiente en el nicho: mientras yo rezo por su alma, en id y cerrad la puerta del panteón.

—No es necesario, dijo el sacristán.

—Si es necesario, dijo Bizarro: vuestra mujer será capaz de venir silenciosamente a escuchar lo que hablémos.

—Mi mujer no se atrevería a tanto.

—Hay un móvil que impulsa a las mujeres contra todo temor: la curiosidad: id y cerrad.

Sinforoso, maravillado de que hubiese un hombre que le dominase, dejó el farol sobre el húmedo suelo terrizo del panteón, subió, cerró la puerta y volvió a bajar.

Encontró a Bizarro de pie é inmóvil en el mismo lugar donde le había dejado, con la mirada torcemente fija y con una expresión terrible, en el nicho de María de la Cinta.

VIII

—Este hombre no se arredra para rezar, pensó el sacristán; y al reza, pareció que blasfema: así mirará el diablo una sepultura.

Bizarro se volvió y dijo al sacristán:

—Entended bien lo que os voy a decir: si no obedecéis piégamente las órdenes que voy a daros, seréis considerado como reo de alta traición contra el rey nuestro señor.

—Eso no puede ser, porque yo no puedo ser traidor, dijo el sacristán, procurando disimular por vanidad la expresión de terror que había asomado a su

frase: siento no haberlos enviado a la eternidad: me hubieran indultado del mismo modo.

IX

El sacristán, que desde el principio había considerado a Bizarro como a un hombre temible, acabó por ver en él a un gigante.

—¡Con que os han indultado! dijo: pues mirad, me alegro; porque según ha dicho el tío Cirjaco el posadero, que lo vio todo, vos tuvisteis mucha sazón.

—¿Y qué mas forasteros hay en el pueblo? dijo Bizarro.

—Los criados de esos caballeros, dijo Sinforoso, contrariado porque Bizarro no se franqueaba con él.

—A mas, a mas de los criados, dijo Bizarro.

—Una especie de dómine que ha venido hace dos días de Madrid, y vive en la posada.

—¿Qué novedades ha habido en el pueblo desde que están en el herido esos guardias?

—Han venido dos médicos y dos cirujanos.

—¡Ahí ¡con que tenemos mas forasteros!

—Sí, sí señor; lo repito: son tantos, que por el pronto no se acuerda uno de todos ellos.

—Pues recordad bien; no sé qué queda aguten.